

Aranway Hiqaiat

Primera edición: Marzo de 2008. España.

Edita:

PROYECTO SOLIDARIO.

Dirección de arte y diseño gráfico:

Gonzalo Hormigos

PROYECTO SOLIDARIO

Calle Ferrocarril, 41. 2º c.i. 28045 Madrid. España.

Teléfono: 915 391 273

Fax: 914 675 228

Email: psolidario@proyectosolidario.org

www.proyectosolidario.org

OFICINAS:

ESPAÑA: Sede Central: C/ Ferrocarril, 41 2º c.i. 28045 - Madrid.

Toledo: C/ Santo Tomás, 5 3º 45002 - Toledo.

Córdoba: C/ Cruz Conde, 19 5º 3 14001 - Córdoba.

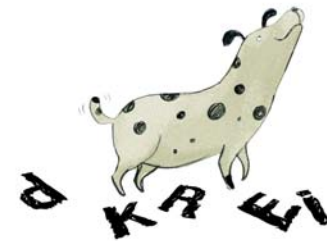
LATINOAMERICA: Bolivia: C/ Ladislao Cabrera, E-0199 piso 4 Cochabamba.

NORTE DE AFRICA: Marruecos: Avda. Hassan I - IMM BAB OKLA, Bloque C 2º 5 Tetuán.

PROYECTO SOLIDARIO tiene como política poner a disposición de cualquier entidad los recursos y actividades elaborados en el desempeño de su labor de defensa y promoción de los Derechos de la Infancia. Si desea reproducir o utilizar estos contenidos, contacte con cualquiera de nuestras oficinas o llame al 902 478 478.

Visite nuestro portal de educación para el desarrollo www.compartiendo realidades.org

**Cuentos
que comparten,
construyen
y transforman
realidades**



AW H

Hay muchas maneras de viajar:



a través
de los medios de transporte,
de los sueños y,
como en este caso,
de las **palabras**.

Cada cuento de esta antología es un pasaje para visitar los aromas, los paisajes, las costumbres y la cultura de países tan diversos como Bolivia, Perú, Ecuador y Marruecos. Un viaje fascinante, que tendrá como objetivo conocer la realidad de los niños y niñas de estos países desde una óptica particular: los derechos de la infancia.

Aranway Hikaiat* forma parte de la labor que PROYECTO SOLIDARIO lleva a cabo a través del programa Compartiendo Realidades, que comprende actividades públicas de sensibilización y de educación para el desarrollo. En ellas se enmarca esta iniciativa literaria, que se acompaña de una guía didáctica destinada a los diversos mediadores para lograr un máximo aprovechamiento de los cuentos, y de una serie de talleres que incluye, además, la participación de los niños y niñas.

Cada uno de los cuentos es una invitación para descubrir una realidad diferente, en la que no faltan referencias a la cultura, los paisajes, las costumbres y la lengua materna. La lectura de Aranway Hikaiat no entiende de distancias, y hace que todos aquellos que se acerquen a sus historias aprendan, reflexionen y disfruten. En este sentido, la lectura es un puente de unión entre culturas: hace posible que los niños y niñas de cualquier lugar del mundo conozcan al mismo tiempo los derechos de la infancia y se eduquen en la paz, la tolerancia, la cooperación, la igualdad, el respeto hacia el medio ambiente y la no discriminación.

De la lectura nace el pensamiento crítico, del pensamiento la ilusión y de la ilusión ideas que, además de compartir, transforman realidades. Esperamos que este libro sea una prueba de ello.

Aranway Hikaiat ha sido posible gracias al apoyo de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, a quien queremos manifestar nuestro agradecimiento.

**Aranway*, del quechua «cuentos»; *Hikaiat*, del árabe «leyendas».

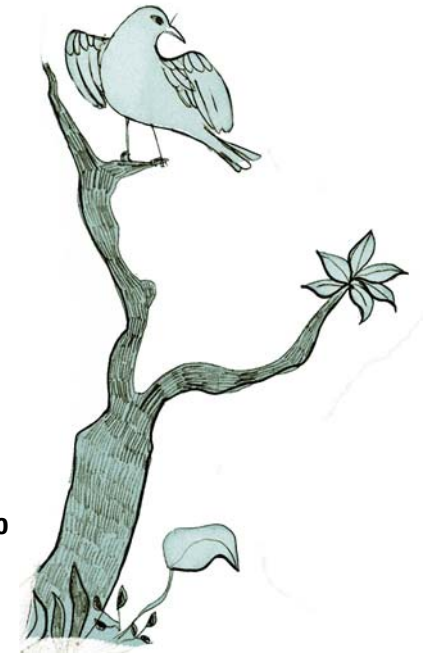
Proyecto Solidario

La Organización **PROYECTO SOLIDARIO** trabaja desde 1986 en España con una misión: la defensa y promoción de los derechos de la infancia. Desde las Escuelas de Solidaridad, en los años 80 y 90, hasta el actual programa Compartiendo Realidades, mantiene una trayectoria en el ámbito de la educación para el desarrollo. En paralelo, como miembros de la Plataforma de Organizaciones de Infancia y de otros foros del sector, aúna fuerzas con otras organizaciones no lucrativas para lograr objetivos comunes con sus protagonistas: los niños y niñas.

PROYECTO SOLIDARIO, como entidad experta en infancia y en educación, tiene actuaciones importantes en diferentes sectores. Su labor de cooperación al desarrollo se extiende a varios países de Latinoamérica y Marruecos a través de tres líneas programáticas dedicadas a la educación, la protección y la inclusión de la infancia. En estos países, además, se realizan estudios, investigaciones y publicaciones para mejorar la situación de la población infantil y contribuir a un desarrollo sostenible.

Al mismo tiempo, la ONG mantiene otros campos de actuación como la formación, la comunicación y el desarrollo de las nuevas tecnologías.

El componente pedagógico está presente en todas las líneas de trabajo de **PROYECTO SOLIDARIO**. No podía ser de otra manera en una entidad que, tanto en su origen, como en su equipo humano y en la composición de sus socios y socias, cuenta con un alto porcentaje de especialistas en materias relacionadas con el ámbito educativo. Este componente fundamental unido a la vocación social de la entidad son los ejes que vertebran esta nueva publicación.



Convención sobre los Derechos del Niño

(Naciones Unidas, 1989)

ARTÍCULO 17

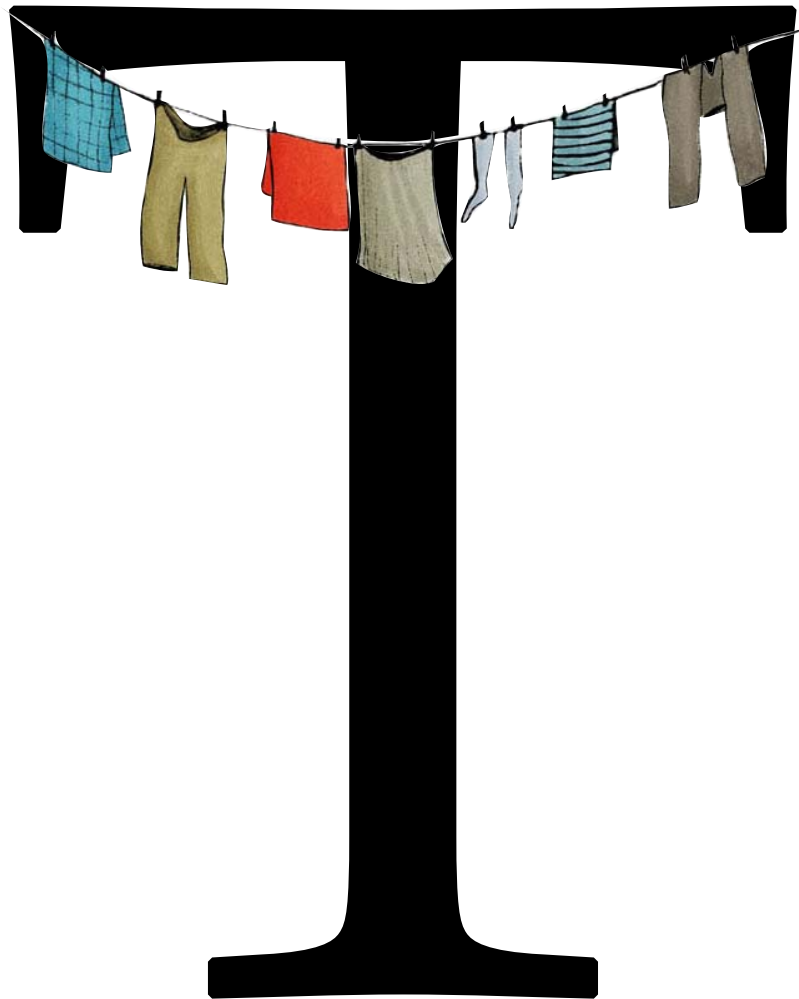
- c. Los Estados Partes alentarán la producción y difusión de libros para niños.

ARTÍCULO 31

1. Los Estados Partes reconocen el derecho del niño al descanso y el esparcimiento, al juego y a las actividades recreativas propias de su edad y a participar libremente en la vida cultural y en las artes.
2. Los Estados Partes respetarán y promoverán el derecho del niño a participar plenamente en la vida cultural y artística y propiciarán oportunidades apropiadas, en condiciones de igualdad, de participar en la vida cultural, artística, recreativa y de esparcimiento.

Del otro lado

Paula Carbonell Penichet



—«Tawasara, tawasara el último se quedará».

—¡Terminamos el juego y me voy!

—¿No te quedas a merendar?

—No, Rosa, que llego tarde —dijo Marilia—.

—¿Hoy tampoco viene tu madre a buscarte?

—Pues no, está trabajando.

—¿Y en qué trabaja?

—Pinta unos manteles preciosos. Me voy que tengo que ayudarla a doblarlos.

Marilia salió del patio del colegio y caminó sola sin cesar de cantar.

Cuando llegó junto a su madre, la encontró pintando una selva bajo la única ventana de la habitación, aprovechando los últimos rayos de luz.

—¿Mamá, es lindo vivir del otro lado?

Elena la miró y pensó en el tiempo que llevaban allí, en la rapidez de los años, en la lentitud de los días.

—Mamá...

Elena volvió a mirarla.



—Pues casi no me acuerdo de cómo era vivir del otro lado.

—Pero, ¿era lindo, verdad?

—Sí y no, Marilia, del otro lado no hay nada.

—No puede ser, del otro lado hay muchas cosas. Mis amigas tienen sus casas y tú siempre dices que quieres salir para vivir en una casa con muchas flores.

—Y es cierto Marilia. Me gustaría salir y tener una casa con muchas flores, pero no la tenemos. Perdimos lo poco que teníamos al venir aquí.

—Entonces, ¿no tenemos una casa fuera?

—No.

—¡Eres una mentirosa, siempre hablas de esa casa y yo se lo he dicho a Rosa y ahora va a pensar que la mentirosa soy yo! ¡También le dije que vendrías a buscarme a la escuela y tú nunca vienes!

—Sabes que yo no puedo salir, te lo he dicho mil veces.

—Pero a mí se me olvidó y se lo dije y ahora va a pensar que le miento.

—Bueno, tendrás que explicárselo.

—Y además, ¿por qué estamos aquí? La profesora dice que los que estamos aquí es porque hicimos algo malo.

—Es fácil decir lo que es bueno y lo que es malo cuando uno tiene para comer.

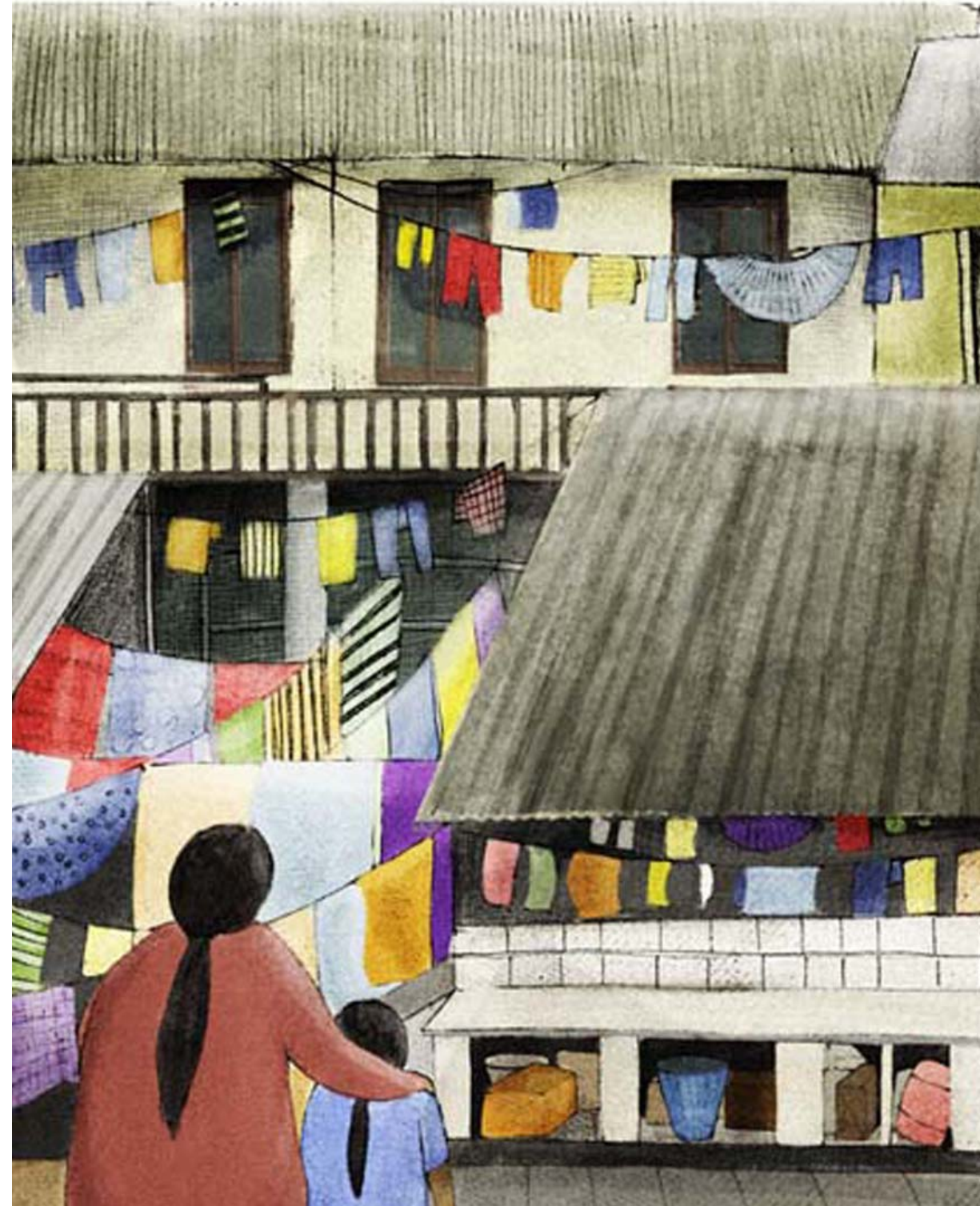
—¿De veras que no hay nada del otro lado?

—Sí y no, Marilia, del otro lado están las montañas y los guácharos.

—¿Los qué?

—Los guácharos, los tutawallpas. Y cuando salgamos de aquí, tú y yo iremos a verlos.

Era un poco mayor que tú el día que mi padre me llevó a verlos a las cavernas del Repechón, pero no me contó nada de ellos; era una sorpresa. Caminamos mucho rato, estaba cansada, llovía y solo quería regresar a casa. Cuando llegamos allí tu abuelo me hizo callar, y, de pronto, oí el ruido más extraño que jamás escuché. Creí que alguien lloraba. Mi padre dijo: «¡Mira, Elena, las aves que lloran!». Y una bandada de pájaros



gritones, grandes como gallinas y con un pico que daba miedo, salió de una cueva, pasó por encima de nuestras cabezas y se perdió en el cielo. Salían cada noche a buscar frutos para sus crías. Cuentan que, gracias a ellos, la selva es tan hermosa, porque por el camino pierden parte de las semillas que recogen para sus crías y así la siembran de colores.

»Tu abuelo me contó también que las crías son muy gordotas y los campesinos hacían con ellas un chicharrón estupendo; pero cazaron tantas aves que casi acaban con todos los guácharos, por eso ahora ya no los dejan cazar.

—Mamá, ¿hiciste algo malo? ¿Cazaste guácharos? ¿Por eso estamos aquí?

—No, no cacé guácharos. Y sí y no. No hice nada malo, solo querer comer y querer darte de comer, y cultivé hojas de coca y eso está prohibido.

—Pero si eso está prohibido y tú lo sabías, está mal.

—Sí y no. También está mal morir de hambre y eso no le importa a nadie.

—¿Cuándo saldremos?

—Pronto, Marilia, pronto.

—¿Y dónde iremos?

—Aún no lo sé. La vida allá fuera es difícil. Vivir en la prisión es complicado, apenas tenemos espacio, estamos amontonados y sin celdas para todos. No es un buen lugar, aunque al menos aquí tenemos un techo y, ahora, trabajo, y tú vas a la escuela. Pero no puedes ver los guácharos. No sé muy bien que haremos al salir de aquí.



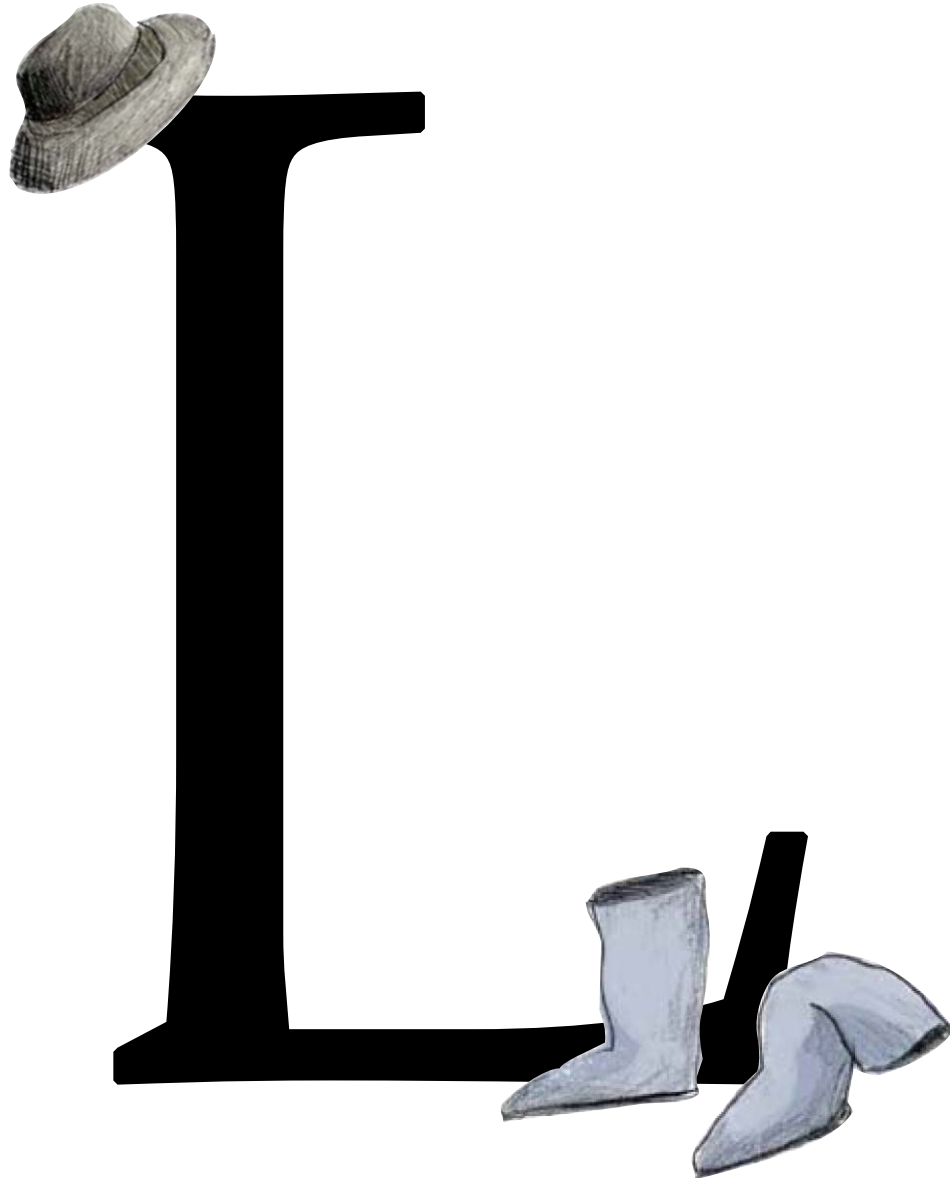
Eso sí, estoy segura de que caminaremos más de tres horas por una de las sendas más bonitas que conozco; puede que nos caigan algunas tormentas y sentiremos la lluvia limpia y suave sobre la piel y veremos a los guácharos partir en marzo y regresar en agosto.

Y lloraremos, como ellos, de felicidad.



Cuento con Lluvia

Leonor Bravo

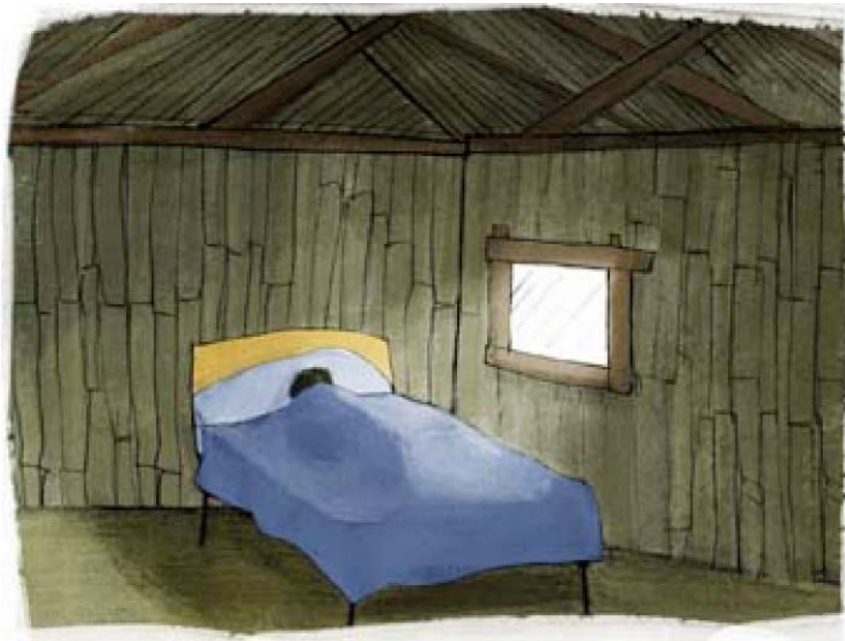


Lorenzo, acurrucado en la cama, oía la lluvia que no había dejado de caer en toda la noche. Las gotas sobre el tejado de cinc sonaban como una orquesta desafinada a la que acompañaban, de rato en rato, los redobles de los truenos anunciados por los relámpagos, esas culebras de luz que se movían en la oscuridad y le espantaban. No había podido dormir y ahora, que era momento de levantarse, tenía sueño.

Desde hacía rato oía a su mamá trajinar en la cocina, bien temprano había ordeñado la vaca

y ahora seguro que amasaba la harina de maíz para hacer tortillas. Su papá había salido cuando todavía era de noche, porque ese día tenía que llevar el ganado de la comunidad en busca de nuevos pastos.

—Despiértate, Lorenzo, *te vas a atrasar a la escuela* —escuchó la voz de su mamá que lo llamaba—. Ahí dejo hecho el desayuno para ti y tus hermanos. Me tengo que ir. Hoy los capacitadores nos van a enseñar a hacer nuevos dulces



y mermeladas. Nos vemos por la tarde.

Lorenzo sintió en la mejilla la caricia de las manos de su mamá; estaban calentitas, un poco ásperas y con olor a las tortillas recién hechas. Luego lo besó en la frente. «*Apúrate, te vas a hacer tarde*».

—No, mamita, ya estoy despierto. —Lorenzo se levantó a su pesar, tenía sueño y frío. Allí, donde vivía, en el páramo que está a casi cuatro mil metros de altura, siempre hacía frío. Ahora había llovido más que nunca y el sol no parecía tener intención de salir por ninguna parte. Los últimos días ya ni siquiera se veían las lejanas montañas azules que rodeaban Salinas, ni esas verdes, más cercanas, a las que su familia llevaba a pastar a su única vaca y a las ovejas, porque la neblina lo cubría todo.

Lorenzo se vistió y ayudó a su hermano Manuel a ponerse las botas de caucho, mientras María, de seis años, tomaba su colada calentita sentada en las piernas de Luisa.

Tomados de la mano y tapados con plásticos, los niños bajaron con cuidado la pendiente que los llevaba al pueblo. Adelante iba Lorenzo, buscando con los pies los sitios más firmes, asegurándose de que no hubiera piedras flojas que les hicieran perder el equilibrio y rodar; entre él y Luisa venía María, y atrás Manuel, quien con sus ocho años se sentía el defensor del grupo. La lluvia era ahora menuda, debajo del plástico se oía como el sonajero con el que la mamá arrullaba a María para que durmiera. La neblina era tan espesa que caminaban casi a ciegas, como en medio de una masa algodonosa que no permitía ver nada a menos de un metro de distancia.

Llegaron a la escuela enlodados y entumecidos. La señorita Rosario, única maestra para los seis grados, los esperaba como siempre con una colada de avena dulce recién cocinada, que los hacía entrar en calor.

Al rato, la lluvia arreció. El caudal de agua era tan grande que lo único que se oía era el repicar



de miles de gotas caer sobre el tejado y los vidrios de las ventanas, como el redoble de un tambor. Pero no era el tambor con el que se alegraban en las fiestas, era un tambor que daba miedo, un tambor de guerra.

La maestra encendió la radio y los niños se agruparon a su alrededor. A esa hora pasaban todos los días un programa educativo para las escuelas de la zona. Después de escuchar un cuento y de oír una nueva canción, se oyó la voz de un hombre que interrumpió la transmisión:

Las fuertes lluvias que han azotado Ecuador los últimos meses han dejado, hasta el momento, 450 000 damnificados. Este crudo invierno ha causado inundaciones en cinco provincias de la Costa y daños en carreteras y puentes en ocho provincias de la Sierra. El servicio de meteorología anuncia que se esperan lluvias aún más intensas que se extenderán entre cuatro y ocho semanas más en todo el país...

—¿Cuándo va a dejar de llover? —preguntó un niño asustado.

—Mi papá dice que si sigue lloviendo se van a morir las plantas y los animalitos —dijo otro.

La señorita Rosario no dijo nada. Para alegrar el ambiente les hizo cantar varias canciones, aplaudir y bailar. Lorenzo y sus compañeros de sexto no participaron, ellos veían con preocupación ese aguacero que lo cubría todo. En dos semanas más tenían que jugar el campeonato de fútbol con las escuelas de las otras comunidades y casi no habían podido entrenar. Además, si el clima seguía así tal vez no habría campeonato porque las canchas se habrían convertido en inmensos lodazales.

La lluvia continuó toda la mañana; cerca de la hora de salida la profesora se enteró por la radio de que una parte de la montaña se había caído y había obstruido los caminos de la comunidad. Los lugares más afectados estaban cerca de los alrededores de la escuela, que había quedado

aislada del resto de la población y que, por suerte, no había sido anegada porque las piedras y el lodo quedaron atascados en una peña que casi la rodeaba. El director del centro escolar se comunicó por la radio y le pidió que retuviera a los niños hasta que fuera posible evacuarlos y le dijo que la defensa civil, con la ayuda de unos voluntarios extranjeros, estaba trabajando en eso.

La señorita Rosario explicó a los niños que no se podían ir hasta que terminara la tormenta y pidió a los mayores que jugaran con los pequeños, mientras ella, con la ayuda de una señora que vivía cerca, cocinaba unas papas. Eso más otro vaso de colada fue el almuerzo del día.

La tarde avanzó y con ella, la tormenta; los trabajos para despejar los caminos avanzaban muy lentamente porque la lluvia obstaculizaba la labor de rescate. Los niños, asustados, con hambre y con frío, estaban inquietos, y los más pequeños habían empezado a llorar. Lorenzo y sus compañeros hacían lo posible por entretenerlos, pero en sus ojos

se transparentaba el creciente temor que sentían.

Por la noche, los padres de familia, adelantándose a las labores que realizaba el grupo de rescate, pero como parte de este, llegaron hasta la escuela.

Los niños, que estaban a oscuras hacía ya algunas horas, se encontraban adormilados pese al frío que se colaba por todas partes. Lorenzo sintió que una mano le acariciaba las mejillas. Cuando abrió los ojos vio a sus papás y sintió



que lo abrazaban con fuerza. Todos estaban felices, porque pese al peligro que habían enfrentado no había ocurrido ninguna desgracia.

A la comunidad, con la ayuda de los voluntarios y del reducido apoyo que consiguieron del Estado, le tomó varios meses reconstruir las casas, los caminos y los puentes que el temporal había destruido. Los niños, cada uno con lo que sabía hacer, también ayudaron en la reconstrucción. Hoy Salinas tiene una cara nueva y está mejor preparada para enfrentarse a la lluvia cuando decide jugar a la guerra y a disfrutar de ella cuando es una amiga de suave canto, que riega los campos y alimenta los ríos.



Aquí también tembló la tierra

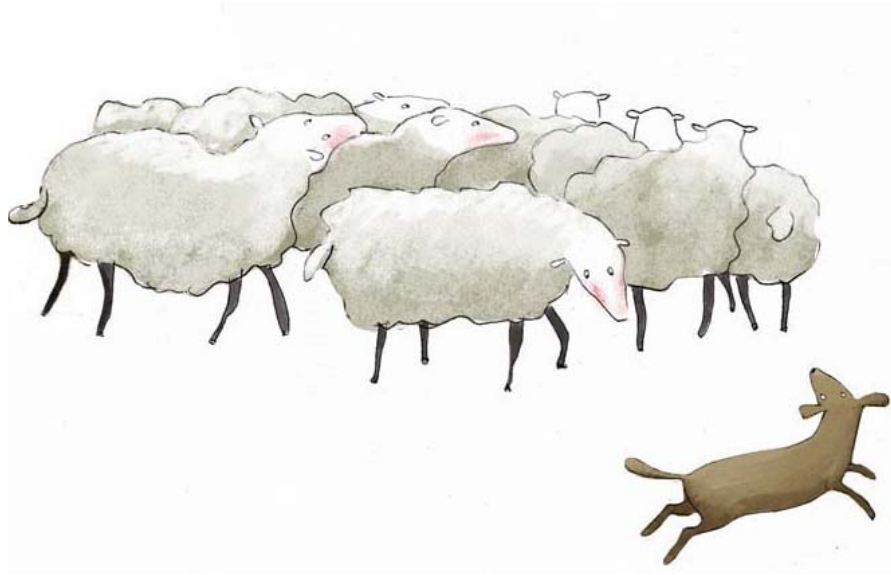
Inés Rentería



Pedro vive en la sierra en medio de cerros enormes y muy verdes, en una provincia llamada Castrovirreyna. Adela, en la costa al lado del mar, en Chincha. La costa no es muy verde pero es bonita, porque a las afueras de la ciudad hay dunas de arena en forma de medias lunas por donde uno se puede resbalar y jugar como si se deslizara con una tabla.

Ambos tienen siete años y van al colegio. Pedro se levanta muy temprano, porque antes de ir a clase tiene que preparar a las ovejas para el

pastoreo. Vive en una zona rural y sus padres son campesinos. Su papá se levanta con el primer canto del gallo y se va a la chacra para cuidar de la siembra, según la estación de cebada, trigo o papas. Su madre, en cambio, se ocupa de la cría de pavos, que luego vende en Navidad a un comerciante que baja a la costa. La mamá de Pedro, además cocinar, lava la ropa y teje en el telar ponchos y jergas que luego vende a un buen precio en las ferias del Pueblo. A Pedro le gustan tanto los telares que hace su madre,



que por él se quedaría con todos ellos. Pero, sobre todo, le gusta verla tejer, porque cuando teje, ella canta, y cuando canta, siempre brilla el sol.

Adela también se levanta muy temprano. Su mamá es profesora pero tiene que estar antes que los demás alumnos, porque es la encargada de abrir el colegio. Afortunadamente, la familia de Adela tiene un auto y así, por las mañanas, pueden salir todos juntos de casa. El padre de Adela las deja en el colegio y luego parte hacia el Banco de la Nación, donde trabaja hasta muy tarde.

«Mi casa estaba un poco alejada del pueblo, era de adobe y el techo de calaminas y tejas. El adobe lo hizo mi papá con ayuda de mis tíos y algunos compañeros de la comunidad que también vinieron a ayudar *a parar la casa*. Afuera, mi papá construyó un gran banco con forma de muro pequeño; cuando venían visitas poníamos

una jerga que tejió mi mamá y los domingos o los días de fiesta los mayores se sentaban ahí a conversar y a comer. Adentro había un cuarto donde dormíamos todos juntos; mis papás en una cama con la Jessica, y nosotros, los otros tres varones, en otra cama. Al lado del cuarto estaba la cocina, donde todos comíamos frente al fogón.»

«Mi casa era de ladrillos y cemento, mi papá pidió un préstamo al banco y así pudo construir el primer piso. Los fines de semana, cuando no trabajaba, ayudaba en la construcción. En la entrada estaba la sala comedor donde cenábamos todos juntos y veíamos televisión; en la cocina solo tomábamos el desayuno porque era muy chica. Mis papás tenían un cuarto con ventana a la calle, y el mío un balcón con vista al patio.»

«La noche del terremoto cenábamos, como de costumbre, frente al fogón, mientras nos reíamos un poco por algo gracioso que había pasado en el pueblo. De pronto se hizo un silencio profundo y el tiempo se detuvo, hasta las ramas



del eucalipto dejaron de silbar con el viento. Todos callamos y nos miramos sorprendidos, dejamos de comer y hasta de masticar lo que ya teníamos en la boca. Luego se oyó un sonido ronco que jamás en mi vida había escuchado: parecía que venía desde las entrañas de los cerros. Mi padre fue el primero en levantarse y en gritar que saliéramos de casa. “¡Temblor, temblor!”, repetía sin parar. La tierra empezó a moverse y nosotros sentimos que estábamos en la parte trasera de un camión que viajaba por una carretera de calaminas y huecos. Corrimos hacia la pampa y allí nos quedamos, abrazados como en las noches más frías de invierno. Vimos como la casa se derrumbaba; los animales cacareaban, mugían o relinchaban. Algunos lograron salir del corral, otros, como la oveja de mi hermanito, no tuvieron suerte y se quedaron atrapados entre los escombros. ¿Cuánto duró todo? No lo sé, yo perdí la noción del tiempo. Solo puedo decir que lo que sucedió fue muy

rápido e interminable a la vez.»

«La noche del terremoto cenábamos, como de costumbre, en el comedor. Mi papá acababa de llegar y la mesa estaba servida. Recuerdo que yo tenía mucha hambre; esa tarde había tenido entrenamiento de básquet y cuando juego al básquet siempre tengo mucha hambre en la noche, así que saqué unas papas fritas de la mesa y me las comí. Mi mamá se molestó porque debía esperar a que se sentara mi papá y a dar las



gracias para empezar a cenar. Le pedí disculpas y le dije que comenzaría a portarme mejor para darle, en el futuro, un buen ejemplo al hermanito que estaba por llegar. Nos tomamos de las manos, nos miramos, y cuando mi mamá dijo “Señor te doy gracias...” se escuchó un sonido como si viniera del mar. Mamá se paró de inmediato y de pronto vi moverse la vitrina y las paredes como si fueran de goma. ¿O sería que a la tierra le hacía ruido la panza como a mí? “¡Temblor, temblor!” empezó a gritar mi mamá

y salimos a la calle. Mucha gente hizo lo mismo que nosotros, porque afuera estaba lleno de personas que gritaban y salían de todos lados. Las casas se movían como un flan. Todo temblaba, el suelo me hacía cosquillas en los pies. Corrimos al parque porque allí no había muchos postes de luz ni árboles. No sé cuánto tiempo duró todo aquello, pero fue más largo que mi clase de matemáticas, que a mí me parece la más larga que hay. Mi mamá lloraba y mi papá estaba pálido; recuerdo que me tomó muy fuerte de



la mano, tanto, que hasta ahora me duele. Yo lloraba porque me dolía el apretón de su mano, pero no podía decírselo. Algo en la garganta hacía que no me salieran las palabras. Entonces papá me dijo que no temiera, ¡pero yo no estaba asustada! Cuando estoy al lado de los dos no tengo miedo, solo cuando estoy sola a oscuras en mi cuarto. Y esa noche fui valiente porque estábamos los cuatro juntos, el bebé también.»

«Mi papá no fue a la chacra. Mucha gente daba vueltas entre las ruinas para ver que se podía salvar. Los animales andaban sueltos como si no tuvieran dueño. De mi casa, apenas quedaron las calaminas y la jerga del banco de entrada. Escuché que en Chincha hay muchos turistas que llegaron para ayudar. Pero aquí es diferente: estamos lejos y los caminos son muy difíciles. Por suerte están los comuneros. Hoy por la mañana se reunieron y empezaron a socorrer a los heridos y a arreglar los caminos y los canales. Ellos son bien trabajadores y dicen

que si estamos juntos, saldremos adelante.»

«Al día siguiente no hubo escuela, todo era diferente. Era como estar en otro planeta; nada se parecía a lo que conocía. Pasamos la noche a la intemperie, yo me quedé dormida en los brazos de mis padres como cuando era pequeña. Intentamos volver a casa pero no pudimos. Nos explicaron que ya no estaba. Mi padre, esa mañana, no fue a trabajar.»



»Ha pasado una semana y he vuelto al colegio. La escuela está en otro lado y las aulas son de esteras, como las casas de los pueblos jóvenes. Un periodista se me acercó y me preguntó si podía hacerme un reportaje sobre el terremoto. Le dije que sí y se lo conté todo a cambio de que me respondiera a una pregunta: ¿esa noche la tierra tembló porque tenía tanta hambre como yo?»

«Hace una semana que dormimos en la pampa o en la plaza con los demás habitantes del pueblo. La siembra ha empezado, pero el agua no llega porque los canales están llenos de piedras y tierra. Los comuneros hacen lo posible porque todo vuelva a ser como antes, pero es muy difícil. Ayer ha venido un periodista y me ha pedido que le contara mi historia. Me dijo que tal vez, si más gente la escuchaba, podía llegar más ayuda. Le dije que sí y le conté todo. Luego, a través de su cámara, me ha mostrado la historia de Adela, una niña de Chíncha. Tiene cara de valiente, seguro que seríamos amigos.

Entonces le respondería que tal vez la tierra no tembló de hambre, sino de miedo.»



Arabescos amarillos

Andrea Fernández Felsenthal



Cuando la noche se encuentra en el punto más alto de oscuridad, la quietud es tan intensa que hasta es posible sentir el burbujeo de la sangre en las venas. Todo está quieto. Nada se mueve. Salvo la sangre, que no pierde el ritmo, y los recuerdos, que suelen elegir estas noches calmas para salir.

A mí, esta noche, se me asoma un recuerdo; producto del desvelo, quizás, o de la quietud que siempre nos ayuda a adentrarnos en la memoria. Yo tenía once años y vivía con mi madre, que por

aquel entonces se dedicaba a filmar comerciales para la televisión. Pronto debería viajar a una pequeña población rural del norte de Marruecos y aún no había encontrado con quién dejarme. En ocasiones, la productora contrataba un monitor para cuidar de los niños, sin embargo, aquel viaje se decidió en muy poco tiempo, el servicio de monitores no tenía a nadie disponible, y después



de todo, ya no era una niña.

Llegamos al mediodía; casi no había gente en las calles. Las casas estaban hechas a mano con barro y piedras y se amontonaban unas con otras, formando un caserío intrincado y compacto.

En el avión, el productor nos había hablado brevemente acerca de lo difícil que había sido obtener autorización para filmar allí. Con su típica actitud del que cree saberlo todo y por eso se dirige a los demás en forma despectiva, dijo:

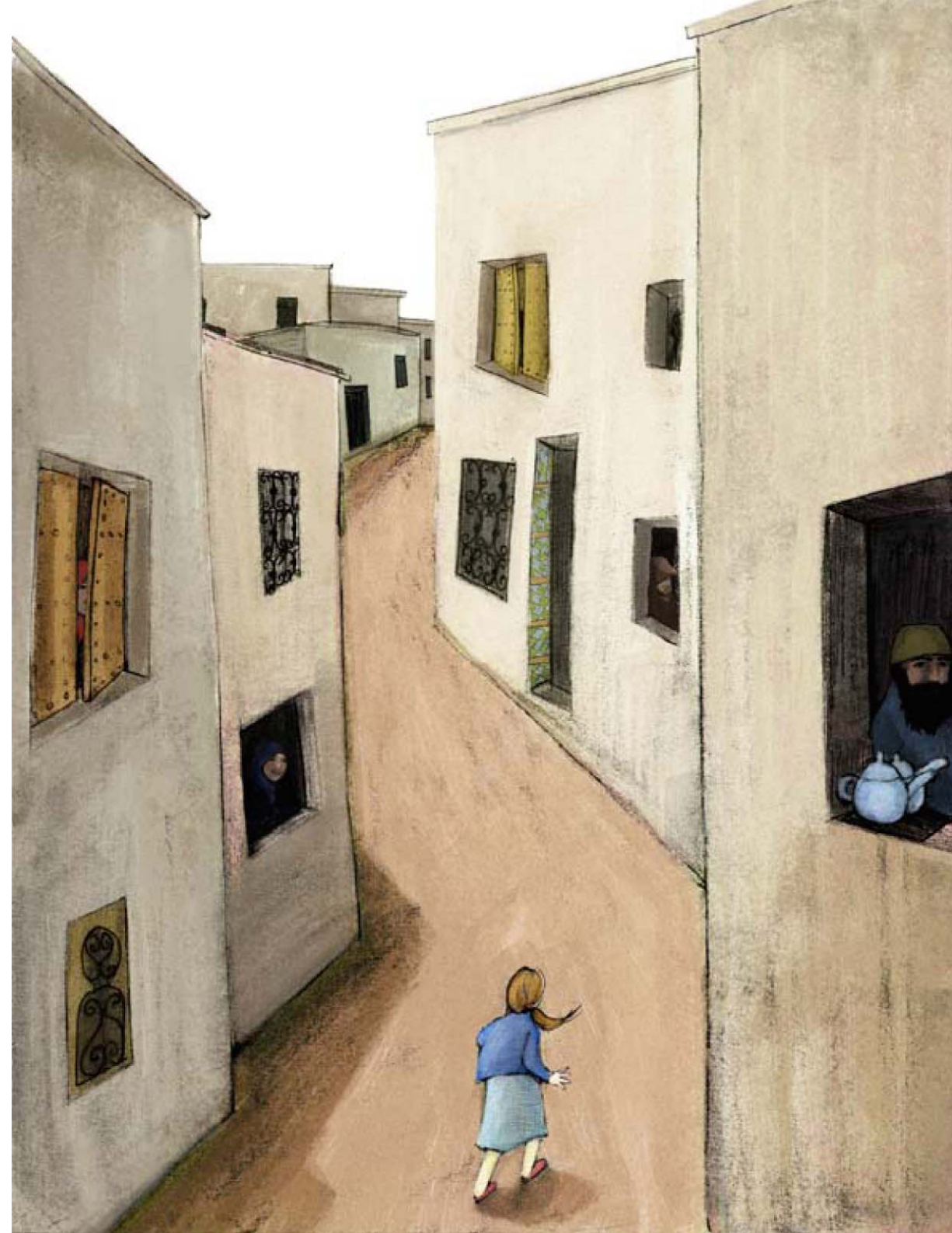
—Es un pueblo algo receloso, porque intentan resguardar sus tradiciones más antiguas y no siempre ven con buenos ojos que lleguen extraños con ideas modernas.

Pero yo sabía que esto no era exactamente así. Zaida, por ejemplo, había llegado ese mismo año a mi escuela; hablaba perfectamente español, árabe y francés, y si bien usaba el velo que cubría su cabello, no era extraña, ni antipática, compartía los juegos del patio y

siempre parecía querer ser amiga de todos.

Nos recibió un hombre de tez oscura que conversó brevemente con el productor del comercial. No presté atención a sus palabras porque me entretuve mirando las casas, y entonces me di cuenta de que si bien parecían cerradas, en realidad, había muchos rostros que nos miraban desde la oscuridad.

El equipo comenzó a prepararse para la filmación y yo me fui a conocer un poco mejor el lugar. Comencé a caminar y avancé por una calle de tierra muy estrecha y poco concurrida, quizás a causa del ardiente sol de mediodía. Sin embargo, en una esquina, detrás de la ventana sin vidrio de una de las casas, una muchacha me observaba; llevaba un velo que le cubría el cabello y parte del rostro, pero a pesar de eso y de la oscuridad que reinaba en el interior, pude ver que sonreía. La sonrisa era grande, franca y permaneció intacta durante varios minutos, los suficientes para que yo me atreviera también a sonreírle.



Alguien la llamó desde adentro. Amplió aún más su sonrisa y abrió la mano en señal de saludo. No me dio tiempo a levantar la mía. Simplemente desapareció.

No pasó mucho tiempo hasta que la puerta de aquella casa se abrió. La muchacha salió acompañada de un hombre bastante mayor y de un niño. Ella debía tener más o menos mi edad (quizás un poco más), pero había algo que la transformaba en adulta, tal vez porque tenía un andar cansado, o porque su espalda, apenas encorvada, le daba un leve aspecto avejentado a ese rostro infantil.

Me acerqué lentamente pero ella pareció ignorarme por completo. Llevaba bien puesto su velo oscuro y caminaba con la cabeza gacha detrás del hombre, que apuraba el paso.

Los seguí. Algo pasaba, de muchas casas salían las familias y todas iban calle abajo. No se puede decir que hubiera clima de fiesta, porque no parecían especialmente felices, pero el rostro de

las mujeres, siempre con la mirada baja, comprendía un brillo especial, una luz distinta, como si esperaran algo ansiosamente. Lo extraño era, además, que aunque los hombres no dejaban de reírse y de hablar entre ellos, se notaba una cierta tensión en el ambiente, que comprendí poco tiempo después.

En un momento, los hombres se desviaron hacia la derecha y siguieron hablando entre sí, aunque algunos, que parecían hasta un poco enojados, se detenían a contemplar la marcha de sus mujeres, que habían tomado por el camino de la izquierda y sin perder la sonrisa se susurraban cosas.

Seguí a las mujeres.

Muchas me observaban pero hacían caso omiso de mi presencia, hasta que llegamos a la puerta de un taller de bordado donde había una chica esperándolas. Las invitó a entrar y fue entonces cuando me vio.

—¡Hola!— dijo en un perfecto español que me

sorprendió. —¡Pero bueno! Y tú, ¿cómo te llamas y qué haces aquí?

—María —dije— mi madre está filmando un comercial calle arriba.

—Bienvenida María, soy Sanaa. ¡Adelante! No creo que tu madre se enoje si pasas un rato con nosotras. ¡Los niños se van con Turia que les está esperando en la guardería! —indicó finalmente en voz alta.



Entramos en un gran salón blanco, donde habían dispuesto muchas mesas. En cada una de ellas, se sentaban tres o cuatro mujeres y aprendían a bordar, mientras conversaban. Otras, inclinadas sobre un cuaderno escribían lentamente, letra por letra, todo el alfabeto árabe.

Alguien me tomó de la mano. Era la muchacha que había visto en la ventana de la casa, la que me había saludado una hora atrás.



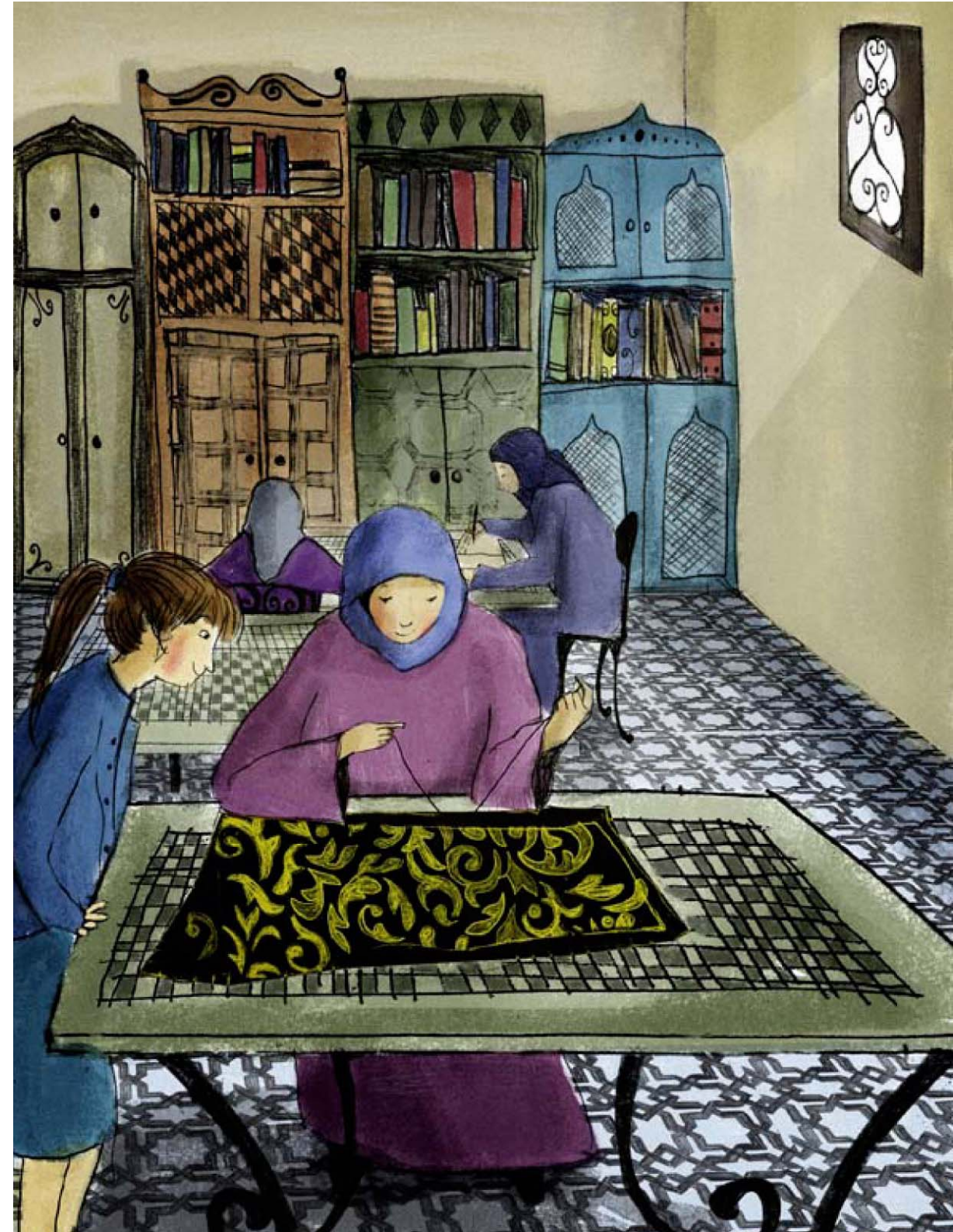
Definitivamente, era casi una niña. Calculé que tendría unos catorce años. Se la notaba cansada, pero su rostro estaba calmado y sereno.

Sobre la mesa, en una tela grande y oscura, había comenzado a bordar en hilo amarillo unas complicadísimas líneas curvas que se entrelazan entre sí; faltaban apenas unas puntadas para terminarlas.

Puso la tela en mi regazo y me miró. Aquella fue la primera vez que bordé en punto cruz: de la esquina inferior izquierda hacia la esquina superior derecha, siempre en el área del mismo cuadrado.

El velo le enmarcaba el rostro, lo oscurecía y agrietaba cuando se concentraba en su labor; pero cuando volvía a sonreír, aquella muchacha no se diferenciaba de otras niñas que conocía. La tenue línea de la curva de su boca era capaz de borrar, por unos instantes, las huellas del silencio y el trabajo que marcaban sus días.

—Ella es Isam, María —dijo Sanaa acercándose



a nuestra mesa y entregándole a Isam un cuaderno y un lápiz—, al igual que muchas de las chicas que aquí ves, ha sido casada a una edad muy temprana. Isam, por ejemplo, con apenas trece años ya tiene un precioso niño.

Ella trece y yo once. ¡Apenas dos años de diferencia! Y yo iba a seguir siendo una niña durante algunos años más, y ella, casada y con un niño, había dejado de serlo hacía mucho tiempo. Aquello debió afectarme visiblemente porque Sanaa me susurró:

—Pero no te olvides, María, a pesar de todo, Isam todavía es una niña.

Cuando di la última puntada, Isam tomó la tela y la observó con satisfacción.

Por un instante, ella había vuelto a ser una niña y yo, que siempre lo había sido, estaba comenzando a crecer.

—¡Vaya Isam! — dijo Sanaa— ¡Pero si has terminado tu mantilla! ¡Ha quedado muy bonita! Y para ti, María, mis felicitaciones, hoy has

aprendido algo nuevo.

Isam le mostró a Sanaa el cuaderno; mientras yo bordaba ella había ido llenando toda una hoja con letras, las primeras bastante cluecas e irregulares, pero las últimas ya tomaban mejor forma.

Sanaa miró el cuaderno con atención y se volvió hacia Isam; con gesto apacible le señaló algunos renglones donde las letras habían quedado especialmente hermosas.

—Además de aprender a bordar, aquí también les enseñamos a leer y escribir— me explicó Sanaa guardando el cuaderno en una caja—, pero eso, querida María, será nuestro secreto porque muchos maridos no lo aceptan y hay que ser muy cuidadosos al respecto.

Esa es la causa por la que algunos hombres miraban marchar a sus mujeres con cierto enojo, pensé, pero ¿por qué no querrán que vayan a la escuela?

Cuando salimos el sol estaba empezando a desaparecer en el horizonte, y a pesar del calor que

había hecho durante el día, ahora soplaba un viento frío. A las chicas no parecía afectarles, envueltas en sus velos, caminaban otra vez en silencio hacia la calle. Supongo que me estremecí (hasta hoy, varios años más tarde, sigo siendo muy friolenta) porque Isam sonrió, más levemente esta vez. Puso la manta sobre mis hombros y me empujó hacia el camino. Por el otro lado, detrás del taller, bajaban los hombres hablando a gritos.

Volvió a empujarme hacia el camino. Tenía que irme y tenía que irme ya. Levantó su mano como había hecho la primera vez que me vio. Conservaba aún un tenue gesto de alegría, pero al salir del taller había vuelto a adquirir la expresión cansada de la primera vez que la vi y la niña que de verdad era volvía a esconderse detrás del velo oscuro.

Nunca más la volví a ver.

En el sitio de filmación todos estaban preocupados por mí. Ya era hora de partir y nadie tenía idea

de dónde podía estar. Llegué exhausta, caminando con paso lento y amodorrado a pesar del frío; cubierta por la mantilla negra con dibujos amarillos que me daba más calor de lo que podía esperar.

En el viaje de regreso no pude conciliar el sueño, pasaba el dedo por el bordado y hacía como que dibujaba una y otra vez cada arabesco amarillo. Quería aprenderme de memoria cada curva, cada lazo, cada flor, quería guardar aquel recuerdo en la yema de mis dedos.







Han pasado los años. Esta noche hace mucho calor en Madrid, no logro dormirme y he salido al balcón a mirar la luna.

Aún no he podido aprenderme los dibujos de memoria, pero todavía conservo la mantilla como el testimonio del día en que comencé a crecer. Fue el mismo día en el que compartí instantes de mi infancia con una niña marroquí que había perdido la suya, y el mismo día en que sellé una amistad única, surgida en unas pocas horas, pero eterna, como los arabescos amarillos, que aún giran en complicadas curvas sobre la tela oscura.



Índice

Prólogo.....	4
Proyecto Solidario.....	6
 Del otro lado (Bolivia).....	9
 Cuento con lluvia (Ecuador).....	19
 Aquí también tembló la tierra (Perú).....	31
 Arabescos amarillos (Marruecos).....	45

